**VI Congreso AUDEPP - XI FLAPPSIP**

**23 al 25 de mayo de 2019**

**Las cenizas del cóndor[[1]](#footnote-1) ¿arderán por siempre?**

**Luis Correa Aydo**

Me cuento entre los que *no* creen que la literatura sea un campo de aplicación del psicoanálisis, sino un instrumento para conocer mejor la insondable subjetividad humana. Y tal vez también una herramienta para cambiar al mundo. Tiene, pues, con el psicoanálisis esos dos objetivos comunes: saber y transformar; pero ambos lo hacen por caminos independientes. Subordinar uno al otro solo puede significar hacer mala literatura o mal psicoanálisis. Por eso esta mesa es un diálogo, no una disección explicativa de una novela. Ojalá que al finalizar este encuentro, todos nos vayamos enriquecidos, más que por un nuevo saber, por una nueva experiencia.

No todos los días se tiene la oportunidad de entablar un diálogo con el autor de una obra de arte que como espectadores –lectores en este caso – nos ha conmovido y causado admiración. Intentaré usar esta oportunidad privilegiada siendo cuidadoso en evitar algunos clichés como: “qué quiso usted decir con…” o “qué razones personales lo motivaron a escribir sobre…” Exagerando un poco las cosas, Umberto Eco llegó a decir que el autor debía morir luego de publicada la obra[[2]](#footnote-2). En esa hipérbole se contiene sin embargo una verdad, que vertebra el concepto de “obra abierta”. La obra se sigue creando y recreando a lo largo del tiempo, si no en su texto, en la mente de los múltiples lectores que seleccionan significados, imágenes y palabras, al compás de los momentos personales en los que realizan sus lecturas o relecturas y según el prisma de sus experiencias y convicciones. Es seguro que Cervantes tuvo aspiraciones más modestas que las que la posteridad le concedió al Quijote. ¿Pero quién no quisiera, por algún embrujo de aquellos en los que don Quijote creía, agradecerle en persona al autor el don inconmensurable que nos dio su imaginación? Hoy, aquí, sin embelecos de magos, podemos dialogar con Fernando Butazzoni sobre *Las cenizas del cóndor*, agradecerle su escritura, compartir algunos hallazgos que hemos hecho como lectores y hacerle algunas preguntas como lector, él también, de su propia obra.

Empecemos por los agradecimientos. Hace falta mucho coraje intelectual, y por qué no del otro también, para emprender la escritura de una novela como esta. Obra testimonial de un periodista que sin embargo hace literatura y no crónica, distinguiendo las reglas de los dos oficios. Es como escritor que Fernando le concede a la imaginación sus potestades; como el paleontólogo reconstruye el esqueleto entero a partir de algunos huesos que han desafiado a los siglos[[3]](#footnote-3). Algunos hechos de la realidad que se han filtrado al silencio criminal de los opresores, son aquí, valga especialmente la metáfora, los huesos a partir de los cuales el novelista construye su relato. No intentaré formular una ontología del arte, pero desde las imágenes en las paredes de las cavernas, la relación entre el mundo y su representación, ha seguido una dialéctica compleja donde ambos se van modificado mutuamente. Es decir: no todo lo que se nos narra en esta novela es dato, pero los hechos reales y documentados[[4]](#footnote-4) que sustentan el relato son suficientemente consistentes como para sostener un efecto de verdad. Una verdad que agradecemos, porque nuestras sociedades necesitan reconocerse en ella, más allá de los fuegos del odio, de la impotencia por la denegación de justicia, de las explicaciones que simplifican la historia al servicio de ciertos intereses políticos.

Pero aún más, la gratitud al autor no se agota en que haya sido capaz de afrontar los desafíos éticos y estéticos que comporta su obra. También es de agradecer que, sin la falsedad de una neutralidad imposible, la novela se aparte del panfleto, de la simplificación ideológica, de la construcción esquemática de buenos y malos. Los asesinos, violadores y torturadores, sin dejar de ser lo que la Historia para siempre ha señalado que son, también son captados aquí en todas su perversa humanidad, en un enfoque que nos recuerda que repudiar al monstruo, como si fuera de otra especie o de otro planeta, lo único que hace es dejarnos librados a nuestro propio estupor y rabia impotente. Y por supuesto, expuestos a que la historia se repita. Si algo hemos aprendido de Freud los psicoanalistas, es que no sirve de nada detenerse en las puertas del infierno, solo imaginando lo que hay allí dentro. Conocer, entender, aceptar la complejidad de la condición humana y atreverse a investigarla, son las llaves que nos pueden librar de las servidumbres, aliviar el pathos inherente a la existencia humana, tan compleja en los medios como simple en las metas. Esto que vale en el plano personal, si habláramos del cambio psíquico al que apunta el proceso terapéutico, creemos que vale también en el plano colectivo. El paciente rehistoriza su biografía para desligarse de la repetición infinita de sus síntomas. Del mismo modo las sociedades humanas, más allá de la memoria y los olvidos, necesitan comprender sus procesos para no quedar sujetas al ciclo de ilusiones idealizadas y horrores tangibles. Y esto, me animo a decir, es más importante aún que el castigo a los culpables. Hay un Gavazzo preso, o semi – preso, o algo parecido. Otros con responsabilidades parecidas están libres y eso resulta perturbador. Pero más me estremece la convicción de que si las condiciones se dieran, otros como ellos, hoy totalmente libres y a la luz, ocuparían el mismo lugar siniestro que ellos ocuparon. Como dice Marcelo Viñar[[5]](#footnote-5): “El pasado precursor es complejo y atravesar sus enseñanzas deja muchas áreas de ignorancia acerca del manejo de la destructividad humana.” La novela que hoy nos convoca, colabora a rellenar esas lagunas, porque además de estar llena de acción, de personajes inolvidables y escenas de monstruoso patetismo (es decir de ser muy buena como novela), se acerca a sus personajes, especialmente los femeninos, mostrando pliegues insospechados: Aurora se mete en la guerrilla más por amor que por ideología, Juana la ayuda a cruzar la cordillera sobre todo por solidaridad femenina, Katia se olvida que su deber es ser una pieza del ajedrez global, para arriesgarlo todo por una sola persona…

Voy a referirme ahora a algunos aspectos de esta novela que me han interesado particularmente. Fue en la segunda lectura de la misma, la que hice para este encuentro, que advertí un detalle del relato que se me había escapado en primera instancia. Cuando el libro llegó a mis manos la primera vez, bastó que leyera la contratapa para saber que tenía al menos un punto de contacto con una novela anterior de Butazzoni, *El tigre y la nieve[[6]](#footnote-6)*: la relación sentimental entre un militar y una prisionera. Un tema perturbador sin dudas, que incomoda de entrada a quien siente inclinadas sus simpatías hacia el lado de los vencidos. Pero en la relectura encontré -en la página 56 - una confesión reveladora de Ricardo - Juan Carlos, el joven que a diez años del suicidio de su padre adoptivo, el militar Manuel Docampo, intenta dejar atrás una década de “*temor y remordimiento*” y pone en marcha la investigación del periodista y a la vez siembra el germen de la novela. Cuando Fernando - protagonista le pregunta por qué lo ha elegido a él para entregarle el cassette en el que el suicida deja grabada su confesión, le dice:

-*Usted escribe novelas - … -. Yo leí* El tigre y la nieve*. Algún día podrá contar también toda esta verdad.*

Una vez más comprobamos hasta dónde la literatura puede introducir cambios en la realidad. Y es curioso que lo que se espera de la novela, en palabras de Juan Carlos, sea contar *la verdad*, o sea algo que parece opuesto a su naturaleza ficcional. Ahora, si bien la escritura de la primera novela condiciona a la segunda, obviamente esto no ocurre mecánicamente, sin que el autor tome la decisión de volver al tema. ¿Por qué lo hace? Al respecto Fernando ha dicho[[7]](#footnote-7): “…Desde hace más de treinta años lo que hago, con algún paréntesis, es investigar y escribir sobre asesinatos… En mi caso no desde la novela negra, policial o como se la quiera llamar, sino desde la memoria política. He tratado de ser un testigo y un narrador de esa violencia… porque me parece importante sostener un lugar que tiende a oscurecerse siempre…En ese ámbito, la “resistencia” es una clave del análisis de la violencia. Muchas veces me he preguntado qué significa resistir. Quiénes son o fueron resistentes, en qué consiste haber resistido, cómo se manifestó esa actitud. Y me he preguntado si nosotros, “testigos no íntegros” (como dice Agamben) podemos entender esas resistencias, y las consecuencias de las mismas.”

Es interesante la referencia a Giorgio Agamben quien ha sostenido que la palabra del “testigo no íntegro” no tiene el valor de comunicar los hechos sino de comunicar que los hechos no se pueden comunicar[[8]](#footnote-8). El testigo integral, el que ha pasado por toda la peripecia del horror, del campo de concentración, del centro de tortura, o está muerto, o ha sobrevivido a una experiencia que no puede ser aprehendida totalmente por el lenguaje. Y sin embargo, como en el proceso analítico, el novelista –“testigo no íntegro” - lucha por atar al símbolo, el significado que se escabulle.

Compartiendo este posicionamiento con el autor, este lector cree, además, que el trauma histórico del terrorismo de Estado no podría ser reparado por ninguna justicia humana, aunque hubiera existido la voluntad política de intentarlo. Decir esto no significa ninguna renuncia al derecho de exigir verdad y justicia. Y no solo reconociéndoselo, como a veces se dice, a los deudos de los desaparecidos o a las víctimas directas del robo de identidad. Pensar así, es privatizar la ética y desconocer que es *la comunidad toda* la agraviada por la desmesura de esos crímenes. Pero considero que hasta en la hipótesis de un funcionamiento pleno del orden jurídico, aún las penas más severas se hubieran quedado muy por debajo del daño ocasionado. Tampoco se trata de conceder por anticipado ningún perdón a quienes ni siquiera se arrepienten de sus acciones[[9]](#footnote-9). Y menos considerar los acontecimientos desde la perspectiva de una lógica de enfrentamiento entre dos bandos, la llamada “teoría de los dos demonios”, que olvida que la responsabilidad del Estado, como expresión política de toda la ciudadanía, es mayor que la de cualquier agrupamiento por violento o disolvente que pudiera ser, ya que atenerse a sus propias reglas -la del Estado - es la fuente de su legitimidad.

Y entonces…? Entonces hay que tomarse el trabajo de entrar en los detalles, en las complejidades de las vidas reales que están detrás de la imagen de los héroes, de las víctimas, de los criminales. Eso hace esta novela. Construida como un mosaico, sus capítulos, por lo general breves, van siguiendo a los diferentes personajes en dos épocas distintas (el tiempo de la historia a narrar y el *a - posterori* de la reconstrucción de los sucesos). Estas historias personales se entremezclan y se determinan mutuamente, a veces por azares o imprevistos y otras veces como consecuencia de decisiones, siempre tomadas en un contexto de incertidumbre moral. Centrémonos en el personaje de Natalia. ¿Puede una militante política veiteañera, cuyo compañero chileno ha sido masacrado en los comienzos de la dictadura de Pinochet amar a un militar uruguayo que forma parte del mismo esquema represivo? ¿Puede criar a un hijo del fallecido, que muere sin saber que iba a ser padre, como si el niño fuera hijo del Capitán uruguayo? ¿Qué pensar de que esta verdad no le sea revelada al propio hijo, aún cuando este ha alcanzado la mayoría de edad? Para contestar estas preguntas habría que *ser* Natalia, es decir, huir despavorida de un refugio clandestino en un suburbio de Santiago cercado por la DINA y ser la única sobreviviente, descubrir de manera indudable que está embarazada mientras zumban las balas, cruzar a caballo y a pie la cordillera de los Andes en los comienzos del invierno para ser apresada en la Argentina y caer, sin esperanza de salvación en la más horrible sala de torturas del Buenos Aires de la triple A. El capitán uruguayo Manuel Do Campo, en misión oficial en Buenos Aires, logra salvarla y salvar al hijo que lleva en sus entrañas, ayudado por una espía rusa y corriendo riesgos que no se fundan en ninguna convicción ideológica, ya que en todo lo demás sigue siendo una pieza del régimen del terror. ¿Basta eso para reparar, para perdonar para agradecer, para quererlo…? A usted, a mí, tal vez no, pero usted y yo no somos Natalia. Un abismo existencial nos separa de ella, testigo íntegro de esta historia. Butazzoni se aproxima todo lo posible a los bordes de esa brecha sin sutura posible. Y logra, con una piedad por su personaje que en nuestras letras solo conozco en Paco Espínola, darnos una idea de todo lo que los seres humanos pueden resistir al servicio de cumplir con lo que Freud decía era tarea primordial del ser vivo: sobrevivir[[10]](#footnote-10). Y que se silencien los juicios morales. Admiremos el coraje del torturado que mantuvo la boca cerrada: me honré con la amistad de uno de ellos que pagó su heroísmo con una muerte prematura. Pero ¿quién puede juzgar al que fue quebrado por la asfixia, por los golpes, por las quemaduras de la picana, por la violación…, al que no pudo enloquecerse temporalmente para resistir más allá de la locura de la cárcel y sucumbió al cáncer o al suicidio?

Es evidente que uno no puede acercarse a estos temas sin experimentar una marea interior de violencia. El tema del congreso me convoca a pensar sobre esos sentimientos, de manera personal, y *Las cenizas del cóndor* me parece un apoyo extraordinario para ello.

El psicoanálisis, que ha teorizado tantas cosas de la mente humana, tiene sin embargo algunas lagunas que deberíamos afrontar. Por ejemplo; ¿qué hay sobre la venganza? Poca cosa en realidad. Es verdad que el concepto no resulta muy prestigioso entre intelectuales, pero en él se basa la primera noción de justicia que conocemos: *ojo por ojo, diente por diente.*[[11]](#footnote-11) Intentemos aclarar el término y algunas de sus connotaciones. La palabra venganza tiene su origen en el latín (vindicare) y su raíz, *vir* (fuerza) es la misma de la cual proviene la palabra violencia. Pero venganza no significa en su origen dañar al que se considera responsable de un daño previo, sino que *vindicar* es la acción del *vindex*, el vengador, y este lo que hace es, *con fuerza* (*vis*), *señalar* (*index*) al culpable. Tal vez la venganza no deba ser necesariamente una réplica del crimen, sino un acto con efecto público, que connote el repudio del culpable. Ahora bien, tal vez en el mundo de los ángeles sea posible, pero en el de los humanos el deseo de venganza violenta es tan antiguo como la especie. Y aunque se disfrace en relatos imaginarios, estamos muchas veces tomados por el deseo de hacer al otro el daño que nos ha causado a nosotros o a nuestros seres queridos. La compañera de mesa en *Una almohada suave y perfumada[[12]](#footnote-12)*, practicó una suerte de venganza literaria de ese estilo. En su relato, dar muerte a un torturador satisface el deseo de vengar la muerte de una amiga, ex presa política y víctima del ajusticiado, cuyo trato inhumano es la causa de la enfermedad que acaba con la vida de la amiga. No será justicia, pero como dijo Benedetti[[13]](#footnote-13) acerca del suicidio de un torturador, “algo es algo”. Sin embargo me atrevo a postular que en *Las cenizas del cóndor* se da un paso más allá. En la mitología griega se cumple el *alastor* o destino de sangre; esto es: la serie de crímenes que de generación en generación se repiten en una familia como consecuencia de un crimen original que al romper el orden debe ser vengado mediante otro homicidio y este a su vez vengado por otro, y así sucesivamente. De esta fuente de sangre nacen las sagas de las antiguas tragedias. La historia de Edipo ilustra lo inútil que resulta oponerse a su inexorable cumplimiento. ¿Estamos pues nosotros también atados a un irremediable destino histórico de carácter sangriento que de tanto en tanto demanda su cuota de muerte y sufrimiento? Tal vez no.

Ya Esquilo, el más humanista de los trágicos griegos, en la Orestiada ofrece una posibilidad diferente. El protagonista de la trilogía, Orestes, ha matado a su madre Clitemnestra, para vengar la muerte de su padre Agamenón. Clitemnestra encuentra justificación para el asesinato porque su marido había consentido en sacrificar a la hija menor de ambos, Ifigenia, a fin de que los dioses le concedieran el viento necesario para que los barcos de la enorme armada que comandaba pudieran poner proa a los diez años de guerra y los siglos de gloria que le traería la victoria en Troya… Al culminar la trilogía, Orestes es perseguido por las Erinias, furias vengativas que lo acorralan en la Acrópolis. Allí es juzgado y Atenea, diosa de la sabiduría, transforma el carácter de las divinidades persecutorias, convirtiéndolas en las mensajeras de las súplicas que los humanos dirigen a los dioses (Euménides). Si bien no absuelve a Orestes, corta la cadena de venganzas, con lo que simbólicamente se establece un orden de convivencia superior.

Los pueblos arrasados por la guerra o el terrorismo de Estado se enfrentan siempre a dilemas de este tipo. Por eso los “testigos no íntegros”, un coro de millones de ciudadanos en esta tragedia latinoamericana contemporánea, aunque no podremos seguramente lograr justicia plena, podemos al menos escapar al mandato implacable de la venganza y el odio, a la reproducción infinita de la violencia, a la desligitimación sistemática de las instituciones. Entender, aprender, transformarnos, prevenir… construir una subjetividad más compleja y civilizada. La tarea es, ni más ni menos, intentar elaborar un trauma colectivo.

René Girard[[14]](#footnote-14) ha dicho que “Pese a todo lo que se diga, hay algo excepcional en la aptitud de la cultura moderna para contemplar el homicidio colectivo en su verdad, en otras palabras, para interpretar los ‘efectos chivo expiatorio’ como fenómenos sociopsicológicos en vez de cómo epiafanías religiosas…” En este contexto la pregunta que nos debemos hacer como psicoanalistas es cuál es nuestro lugar como teóricos de la subjetividad humana, partiendo de la base que esta no es nunca un producto puramente individual. En realidad todo este congreso está motivado por preguntas de este tipo. Y las respuestas, siempre aproximativas, son ineludiblemente interdisciplinarias.

¿Qué función cumple el deseo de venganza en nuestra economía psíquica? El rencor, ofrece la ilusión inconsciente del control omnipotente del objeto odiado, dice Kancyper[[15]](#footnote-15). Pero este mecanismo defensivo le concede presencia psíquica al enemigo y en tanto no podamos elaborarla aún le da poder. Y ellos lo saben. Por eso no piden perdón, porque la grandeza del asesino consiste en ser un gran asesino. No puede esperarse más que sigan siendo coherentes con lo que siempre fueron, dominados por una suerte de narcisismo maligno solo pueden ensayar la manipulación psicopática de los hechos (Manuel Laguarda[[16]](#footnote-16)), y ofrecer un ejemplo enceguecedor de la desmentida. No pueden ni quieren negarlo todo, porque solo exhibiendo un indicio de lo que son y han sido capaces de hacer, alientan la ilusión de mantener algo de un poder que solo reconoce la lógica del dominio o la sumisión. Pero a la vez no quieren ni pueden decirlo todo, reconocerse criminales y aceptar que haya una institución de justicia superior, que pueda condenarlos con razón. Se presentarán siempre como víctimas de una venganza judicial ejercida en nombre de una sociedad de malagradecidos que les lleva cuenta de los delitos, pero no les reconoce que estuvieron en posición de hacerlo aún peor.

Las cenizas del cóndor dejarán de arder cuando se deje de soplar sobre ellas para intentar dispersarlas en la niebla de una guerra que nunca existió, o para atizar sus brasas con la sorda expectativa de una venganza que solo puede rebajarnos a ser como ellos.

Si como dijo W. Baranger[[17]](#footnote-17) el trauma tiene su propia memoria, hay que decir también que esta memoria afecta naturalmente la representación del pasado, pero sobre todo compromete la ideación de un futuro posible. El sujeto quiere conjurar el daño anterior, pero al mismo tiempo, y dado que lo característico de lo traumático es la vivencia de la repetición inminente, queda condenado a ser “un centinela varado en su puesto”, como dice Kancyper.[[18]](#footnote-18) Repetir, o recordar para elaborar, he aquí una vez más la bifurcación psíquica que define el destino de la memoria. Por un lado la permanencia consciente del odio puede ser funcional a la fantasía inconsciente de mantener controlado al objeto amenazante, a costa de mantenerlo mentalmente presente de manera indefinida. Pero por otro lado la negación, defensa implícita en la apelación, tantas veces oída desde el voto amarillo, a *mirar para adelante y olvidar el dolor*, nos deja a merced del mal, sin aprendizaje y sin reparación, y como enseña el psicoanálisis sin que desaparezca a nivel inconsciente. En ninguno de los dos polos hay elaboración. Los psicoanalistas ayudamos a destejer historias personales, para volver a entramarlas, en formas más cohesionadas y vitalmente útiles. Los novelistas pueden, incluso más que los historiadores, ayudar a la sociedad a hacer otro tanto con su historia colectiva. Y Fernando nos hace este servicio, bajo la forma de gran literatura.

Preguntas a Fernando Butazzoni:

1 - ¿Puede ampliar el sentido que usted le da a la siguiente afirmación: “He tratado de ser un testigo y un narrador de esa violencia… porque me parece importante sostener un lugar que tiende a oscurecerse siempre”?

2 -¿Qué conexión establece entre el tema de la novela y su escritura en una situación personal difícil (referida en el relato) y en medio de una crisis nacional (2001 -2002) que marca - a mi juicio - el fin de una etapa en la vida democrática post - dictadura?

3 – Dentro de las reservas éticas que corresponden: ¿puede decirnos algo sobre qué efecto tuvo la publicación de la novela para las personas reales cuyas vidas se relatan en ella?

1. Butazzoni, Fernando (2014), *Las cenizas del cóndor*, Montevideo, Planeta. [↑](#footnote-ref-1)
2. Eco, U. (1988), *Apostillas al nombre de la rosa,* Barcelona, Lumen. [↑](#footnote-ref-2)
3. La pieza original de la que el autor dice nació la novela es la palabra “hijo” que su mujer señala en el esquema que Butazzoni - periodista hace con la transcripción de la dificultosa primera entrevista que sostuvo con la protagonista Natalia - Aurora (O.C, p. 192 y 198) [↑](#footnote-ref-3)
4. En el epílogo de la obra, *Después de las cenizas* (O.C. p. 751 y sgtes.), Butazzoni hace la lista de los numerosos documentos consultados y testimonios recogidos para escribir esta novela. La investigación abarca desde memorias de agentes del KGB hasta una entrevista inverosímil en un pueblito perdido de Venezuela. Los archivos que componen ese respaldo documental son más de veinte, y corresponden a seis países diferentes. También da cuenta en esa nota final que hasta los personajes fruto de su imaginación, como Juana, la mujer del rifle, se inspiran en personas reales, ignorados protagonistas de una historia reciente, aún por contarse. [↑](#footnote-ref-4)
5. Viñar, M. (2019), *El voto verde tres décadas después*, nota en semanario *Brecha,* No. 1743, del 17 de abril de 2019, Montevideo. [↑](#footnote-ref-5)
6. Butazzoni, F. (1986), *El tigre y la nieve*, Montevideo, Banda Oriental. [↑](#footnote-ref-6)
7. Mail enviado a los integrantes de esta mesa el 1º de abril de 2019. [↑](#footnote-ref-7)
8. Myrna Edith Bilder (2013) El estatuto del sobreviviente testigo en G. Agamben: algunas problematizaciones (página 4) Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata. IX Jornadas de Investigación del Departamento de Filosofía. Recuperado en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2888/ev.2888.pdf> [↑](#footnote-ref-8)
9. Gavazzo acaba de decir en un reportaje (realizado por Paula Barquet en la edición del diario El País del 5 de mayo de 2019 ) que no cambiaría cien años de cárcel por un pedido de perdón que no cree que deba realizar.

   Recuperado en: https://www.elpais.com.uy/que-pasa/gavazzo-traidor-pvp-desato-matanza.html [↑](#footnote-ref-9)
10. Freud, S. (1919) *Nuestra actitud hacia la muerte*. Tomo XIV de Obras Completas, Bs. Aires, Amorrurtu . [↑](#footnote-ref-10)
11. La referencia más común a esta sentencia, conocida como Ley del Talión (del latín, talis, idéntico) es del Antiguo Testamento datable hacia 1445 a.C. (se cita en Éxodo 21:23-25, en Levítico 24:18-20 y en Deuteronomio 19:21.), pero el criterio jurídico ya había sido expresado en el Código babilonio de Hammurabi (1760 a. C )Su formulación alude a un principio de justicia retributiva: la sanción que se impone debe de ser equitativa y recíproca con el crimen cometido. [↑](#footnote-ref-11)
12. Franco, G. (2000), *Una almohada suave y perfumada,* Montevideo, Trilce. [↑](#footnote-ref-12)
13. “*Un torturador no se redime suicidándose, pero algo es algo*” [Mario Benedetti](https://proverbia.net/autor/frases-de-mario-benedetti) (1989), No.XVII en *Despistes y franquezas.* [↑](#footnote-ref-13)
14. Girard, R. (1995*) Shakespeare, los fuegos de la envidia*, Barcelona, Anagrama (p. 378). [↑](#footnote-ref-14)
15. Kancyper, L. (2010 ) Resentimiento terminable e interminable, Buenos Aires, Lumen. [↑](#footnote-ref-15)
16. Intervención en La Tertulia, espacio del programa radial En Perspectiva, conducido por Emiliano Cotelo, emisión de lunes 6 de mayo de 2019. Diálogo a propósito de le entrevista a Gavazzo en el viario EL País (ver nota 9) Recuperado en: <https://www.enperspectiva.net/home/motivaciones-contradiccion-perfil-psiquiatrico-jose-gavazzo-manuel-laguarda/> [↑](#footnote-ref-16)
17. Baranger, W. y ots. (1987), *El trauma psíquico infantil de Freud a nosotros*, en revista de Psicoanálisis APA, XLIV, No.4 (p.771) [↑](#footnote-ref-17)
18. Kancyper, L., O.C. (p.163) [↑](#footnote-ref-18)